

EL CÁNCER Y LA RESILIENCIA EN EL ARTE

Juandiego Serrano Durán

CANCER AND RESILIENCE IN ART

RESUMEN:

Una introspección espiritosa en el disco con el que Mastodon fue galardonado con 'La mejor interpretación de metal' en la 60ª entrega de los premios Grammy. Propuesta narrativa de escucha a tiempo real, en la búsqueda de las metáforas y analogías con que la música popular puede relacionarse a la literatura, a través, en este caso, de la representación artística de la enfermedad.

Palabras clave: Cáncer, Música popular, Mastodon, Resiliencia, Escucha narrativa.

ABSTRACT:

A spiritual introspection on Mastodon's concept long play that was awarded at the 60th Annual Grammy Awards for 'Best Metal Performance'. Real-time listening experience proposal as a narrative exploration of metaphors and analogies for popular music that can be related with literature, in this case through the artistic representation of the disease.

Key words: Cancer, Popular music, Mastodon, Resilience, Narrative listening.

AUTOR

Juandiego Serrano Durán

Historiador

Universidad Industrial de Santander.

Docente del programa de Literatura Virtual

Universidad Autónoma de Bucaramanga

Correo: jserrano349@unab.edu.co

Recibido: 15 de septiembre 2018
Aprobado: 20 de mayo 2019

Cáncer. Una enfermedad impredecible, un oráculo fórmico naciendo sin tiempo ni motivos al interior de la vida, atumultuando los miedos de una humanidad ante cuya imagen se erige la ignorancia más insondable, y la más llana de las certezas, a la vez. Enfermar de cáncer, no saber por qué, luchar, morir. Cáncer. A su espejo, la resultante médica de la enfermedad ya no parece un término justo para designar su legado en la vida del hombre. La muerte en su inimaginable presencia, ya no filosófica, ya no trascendente, ya no una inmersión literaria... ya el manifiesto de la explicitud, el reto y la huella de una bestia tan inerte como la arena: inasible, seca, contundente.

Como seres humanos nos cuesta más que cifras atender a los miedos arrojados por tan frondoso monstruo de la historia clínica. Un monstruo que deformaba a los hombres en los papiros egipcios, y que Hipócrates osó comparar con la deformidad física de los cangrejos, al nombrar los carcinos, y que la humanidad ha aprendido a distinguir en sus distintos *oma*; como falla celular, lo único que ha podido atisbar es el lugar donde se desnuda la falencia irrestricta del sistema celular, del cromosoma. Ingentes tumores a los que nuestra costumbre de espiritualizar lo indeterminado no ha dudado en llamar malignos. Y si un tercio de los hombres muere por efectos del cáncer, otro tercio lo padece y el restante lo sufre. Ese restante ayuda a virilizar el enigma de un monstruo. Monstruo es, y lo será hasta que complejos sistemas de selección, reemplazo, duplicación y oxigenación de las células de la ciencia algún día puedan combatir a este amo de los vahídos con algo más que cocteles químicos, concibiendo la vida humana a la imagen de un robot, capaz de solucionarse en sus partes, en las microcelulares. Pero monstruo es, incomprensible; uno al que no se le ve, como sí a la elefantiasis, la cefalea o la necrosis, acaso en la carencia de vida en un rostro mórbido o avejentado.

Para quien entienda de la enfermedad y no sucumba al temor o a la insensibilidad de la rutina científico-médica, el cáncer es, ante todo, un sisma espiritual de incontable valor. Quien lo conoce entiende que la sonrisa es una posibilidad, mientras se desata, en los orificios del escepticismo, una comunicación sórdida con el templo oscuro, con el lugar más inexplorado por falta de experiencia. Quien sabe del cáncer sabe algo más que de cuidados clínicos o del sistema celular: sabe de la vida, en los resquicios de lo antónimo a su pulsión.

Es que para escenificar al cáncer se necesita de algo más que una galería de monstruos y alegorías literarias. Se necesita de un espíritu particular. Si los sentidos pudieran ver, oír, palpar o probar del cáncer, su efecto no tendría que ser menos que espeluznante, una inmersión sin retorno.

EL MASTODONTE

Así lo han afrontado los cuatro integrantes de Mastodon, combo de *rock* progresivo y lodoso formado en el año 2000 en Atlanta, estado de Georgia, en los Estados Unidos. Una afronta a la popularidad de su música, quizás, al escenificar distopías, avernos y duplicidades de mundo –todas comunes como temas en los géneros de la música estridente–, pero con la certeza de representar un teatro real, doloroso y cercano que quien escucha no puede evitar con tan solo ponerse un par de audífonos. Un teatro peligroso, capaz de ahuyentar escuchas por tratarse del cáncer.

“Desafortunadamente, el cáncer tarde o temprano aparece en nuestras vidas”, dice Brann Dailor, baterista, cuando explica las motivaciones artísticas de su séptimo álbum de estudio –octavo en su propia cuenta–: *Emperor of Sand*, el Emperador de Arena, lanzado vía Reprise Records el 31 de marzo de 2017. Y prosigue: “¿A dónde se van las tragedias de la

vida? Hay que ponerlas en alguna parte, y nosotros las ponemos en un lugar, y se llama Mastodon. Es un agradable contenedor. Así es que pusimos la muerte de mi hermana, la del hermano de Brent, el sufrimiento del cáncer de la esposa de Troy y la muerte de la mamá de Bill”, refiriéndose al impacto de la muerte en sus integrantes y en el reflejo en sus discos, confluente especialmente en este período de sus vidas. “Nosotros estamos sanos, y hay que sacarle crédito. Allí está la música, tomamos ventaja de eso. Lo hacemos lo más agradable posible, pero es también una memoria a nuestros seres queridos”, completa.

Representantes novomilenarios de una música que es vigorosa por sus partes, pero disgregada, impopular y débil por la fuerza de su todo (el número de reproducciones por año de una canción de *pop* o reguetón de moda triplica a los mejores álbumes de *rock* juntos), Mastodon es y ha sido una agrupación de una ambición categórica, capaz de rasgar sus propios límites y llegar a generar aficiones, inclusive, en los auditorios acostumbrados a la placidez sonora de la música erudita. ¿Por qué? Por una cuestión de tema, grafía, complejidad y autenticidad reunida.

Tema, porque sus álbumes de estudio y sus composiciones no nacen por la metáfora indeterminada del rocío de la musa, sino de energúmenas búsquedas conceptuales. Tras ocuparse del fuego, del agua – una revivencia de *Moby Dick* de Hermann Melville–, la tierra, el aire –una odisea espacial inspirada en la figura de Rasputín–, el hombre en su ambigüedad y de las criaturas de pesadilla –habitantes de leyenda que se salen de su hábitat mitológico de Halloween–, han decidido ingresar al terreno de la muerte, en su más sombrosa estampa para los que vivimos.

Gráficamente pulcros, en su arte discográfico se ha expresado la sutileza de la ilustración, los marcos y viñetas de la tradición editorial centenaria de la im-

prenta, la artesanía rústica sobre madera y el color digital. Para empotrar al emperador del cáncer, han elegido un trazo fino de textura digital que demarca a un fósil guerrero en el desierto.

La complejidad de su música no sólo reside en su cualidad interpretativa. Tres de los cuatro integrantes hacen las voces primarias, y en la interrelación entre una percusión desacompañada y *jazzera* con el ensamble de guitarras cabalgantes del *metal*, junto a otras punteadas con aires entre *country* y épico, surge la masa volitiva, el escape cosificado de su imaginación.

Así pueden ser auténticos, pues en su amplificación son capaces de dar lírica a su afición: a las bestias alegóricas, siendo amantes de un género literario como el cuento, en el que la fantasía reside frondosa y tradicionalmente a la par de un mundo físico que, como la geografía, habla por sí sólo. A los ojos del *rock*, Mastodon es un híbrido que tiene nombre.

PLAY A LA CRIATURA

Cabe preguntarse: ¿puede ser el *rock* algo serio? Como personas, los integrantes de Mastodon son ridículos. Se comportan con la sorna de los más inoportunos comediantes, paseándose por el antecuerpo los rituales y comportamientos con que el arte mismo se hace para tornarse serio. Pero son serios de verdad, y no por impostura: saben que lo importante está en el ser, diáfano en el trasfondo de su arte. Una importancia que ha dejado, en la vivencia del cáncer, una huella cruda y visceral, muy real.

“Una versión de La Parca en el desierto”, ha dicho Dailor a la revista *Rolling Stone*; en cuyo artículo, el columnista Steve Appleford se ha referido al disco como “muscular, metafísico, expansivo e intenso”, retratando las marcas musicales variopintas de la

banda: *riff* directos y metálicos, espasmos de cuerdas en el bajo, solos dulces y salvajes, precisión en tonos altos y caídas, patrones rápidos y acentos percusivos en triángulo, pasajes acústicos en remolino, voces compartidas entre el gruñido y el canto y ecos retrospectivos del *picking de pollo* de la música *country*.

Al referirse a la personificación de la muerte, el *Emperador de Arena* de Mastodon es sólo comparable con Anubis, patrón del embalsamamiento egipcio. Es sereno y distante, pero sabes lo que es.

La arena bien podría representarse en una báscula, y ser la metáfora del peso, o acaso tornarse volátil y asociarse a la ceniza. En su caso, el elemento simboliza el reloj de arena. “El cáncer está en ti: es algo que no puedes ver, naces con él y permanece en silencio sin que así lo sepas, hasta que llega el momento”, dice su bajista, Troy Sanders. “La arena representa el tiempo. Cuando se produce un diagnóstico del cáncer, es en lo primer en que piensas: ¿cuánto tiempo nos queda? ¿Qué hemos hecho y qué haremos con el tiempo?”, acota Dailor. Y Sanders agrega: “Lo que hagas desde ese momento en adelante, lo será todo”. No es un álbum abiertamente existencial por cuanto se atraviesa el dilema de la mortalidad, que determina el factor tiempo. “Es la mortalidad la que nos dice cuánto tiempo nos falta. Y si tienes un monstruo adentro, por eso sufres y luchas, y te sacrificas: por sacar ese monstruo afuera”, concluye Sanders.

A los sentidos, el álbum se drena en una marcada sesión de ciclos vitales, en frente de la morbilidad y bajo el ceceo de la arena, cayendo en la culata del reloj.

Damos play.

El primer ciclo se produce en sus tres canciones iniciales: “Sultan’s Curse”, “Show Yourself” y “Precious

Stones”. Abrigadora y etérea, la maldición del sultán redondea la idea, y es bipolar, tentativa en un sonido de campanas. Todo indica que el nacimiento de un ser se ha dado, pero nadie celebra. Es el juego de la historia humana, y la vida se hace en singular. Los coros celebran el natalicio, pero el ritmo lo cunde de un aciago escepticismo. El ser nace sagrado, es un milagro y un beso en el cielo, el hijo de las hijas del sultán. Pero hay olas muertas, huellas borradas por la turbación, un ciclo que se cumple en la sepultura de los seres que fueron, algunos dotados de lumbre y otros hervidos en la ceguera. Aquello que nace es una condena, y el nacido es un esclavo. Caes de rodillas, y eres el ser vivo que, en tierra, y rodeado por cientos de cuervos, englute arena en un ademán líquido, mientras observa el relieve de las eras sobre la luna.

La vida es una incertidumbre con rabo de paja, pues sigue siendo vida. El nacido crece, y lo único que puede es hacer un derroche insolente de vitalidad. Reta a la muerte, y le dice: “*Muéstrate*”. Desea hacerse hombre. Se monta en una horda de caballos bravíos, y ligero y potente y lleno de vida, le grita a La Parca que las estrellas se han alineado a su alrededor, y que no hay nada de qué preocuparse. Lo hace con la voz rocío del presente, que no le teme a la verdad porque la está descubriendo, mientras otros caen, y mueren a su antojo. Pero las piedras preciosas, esas engañosas esporas que se cosifican en la experiencia, generan un llamado peculiar: “*No malgastes el tiempo, no todo está servido para ti*”. Allí sí, el niño se hace hombre. Conciencia moral, sin ese intermedia. Una serpiente, un infierno en el próximo cruce, un barullo en la cabeza. Pero no hay nada de qué preocuparse.

El segundo ciclo es una canción: “Steambreather”. Recuerda a más de un viejo que repentinamente cambió su sello de vida por algo llamado enfermedad. “Es que

el miedo ayuda”, me dijo alguna vez entre sonrisas un viejo gañán. Y es miedo lo que produce.

Cadencia, sencillez, concreción. No es extraño que en esta canción aparezca el sonido de la arena en el compás de una maraca. “*Me pregunto quién soy/ Estoy preocupado por mí mismo*”, repite el coro. La literatura es un placer cancerígeno; nada bueno viene narrado de la mejor manera. Aquí se musicaliza. Se desata el nudo literario, y la ranciedad se abre paso por las líneas de Nazca. La majestuosidad, la herencia del hombre, toma forma de montaña sobre el hombre en sí y hace insuficiente la placidez del agua en lontananza, el sosiego del mar. Sin agua, los árboles caerán donde debieron nacer. No se busca la bondad, se dimensiona la finitud del yo y se cierne lo mejor del hombre, sobre el hombre mismo. Suena el respiradero, en una cápsula de vapor.

El cáncer no tiene porqué aparecer, pues siempre estuvo allí. El tercer ciclo da señales de audacia por su forma de hacerlo con “*Roots remain*”, “*Eons*” en la edición vinilo. El tumor se anuncia cuando ya no cunde el temor, y se confunde con propósitos inevitables para un ser inaugurado en su duda: recuerdos, fotografías, amores, tiempos pasados y memorables. Todo eso que recordamos cuando el tiempo de recordar ha llegado, casi siempre por una noticia difícil. Y si la tristeza es tristeza, pero no es triste en tanto nostalgia, el castellano se queda corto para describir esta fuerza verbal y nos corresponde acudir al portugués, a la *saudade*. Bella palabra. La belleza con que la lírica y la razón se pelean la épica, es empujada aquí por un enemigo, que aparece en la noción del ritmo y la entonación vikinga de la voz. Pero hay un sol que brilla entre la lluvia de sal, un arcoíris: “*el final no es el final que ves, es sólo el reconocimiento de la memoria*”. Un piano debía aparecer, como en efecto sucede.

La especulación termina y la batalla comienza, pues las raíces han prevalecido al ser viviente. “*Word to the wise*” prosigue el ciclo, sin tregua. El ser vivo se encuentra con la impaciencia, y por ello ahora es un paciente, en el soliloquio de la singular certeza de que algo fulminante lo invade. Es fácil entender el eufemismo de estar enfermo, pero no es tan dócil su escucha. En el vértigo de los tres cuartos, las quintas y las corcheas, habla la conciencia en tercera persona. Interrogantes sin punto aparte se pelean la eruptiva de palabras, y la cura, si es que hay cura alguna, sale del recogimiento. Una voz lejana e indescifrable, ese nocivo habitante que crece en el interior, se torna amigo. Es uno sicodélico, es un soliloquio. Intenta revelar las mentiras, socavar desde lados opuestos, encontrando las palabras para orar en el camino. Se enciende una alarma subterránea, y surge un minero; el minero excava sin cesar, lo hace en el pozo rebosado de sus propios yerros. La sabiduría suena a una melodía fina, y en las palabras silentes, ha aparecido un sabio. Lo justo deja de pertenecer a la justicia, y es propiedad de la justeza.

Cuando “*Ancient Kingdom*” se abre, el *silencio* suena fuerte, pero suena armónico. Las sombras que seremos son las sombras sobre las que nos hemos levantado, y somos apenas una losa de la humanidad, de la historia. Reaparece el sultán, sostenido en una pila de esqueletos de guerra. Ni el más ignorante se salva de la reflexión, de la exégesis individual del pasado. Un denominado reino antiguo se escribe con la mortalidad, y el cuerpo humano es como un libro: en la víspera de lo inerte, tendrá escrita en su piel la huella de lo que fuimos en la larga marcha. La vida es un interregno. El prontuario del cuerpo caerá bajo la tierra que lo vio nacer, y es allí cuando la noción del tiempo se remembra con los hilos con que lo describió alguna vez Rafael Gutiérrez Girardot: “el futuro es un pasado mañana que, a veces, ya está por convertirse en ayer”. El eco de un campanario

congrega las lágrimas en el umbral, que brotan con naturalidad cuando se piensa en el legado de ese ser que dejará de ser cuerpo, y será historia.

Y no es que la lucha haya cesado, es que el vertedero de ácidos con que la quimioterapia trabaja en la aridez es algo insufrible. Apacible con la dilatación, o la pérdida mental. Así llega “Clandestiny”, desde adentro, a cerrar el ciclo. El dolor, el sufrimiento, se hacen evidentes. En medio, se siente y se percibe: el paciente redacta testamentos, recibe visitas, se ve brutalmente turbado por la vida, que lo rodea para mal. Es la vida de los otros, que poco entiende. Un ambiente circense se abre paso, las voces se distorsionan y ya no son voces, son gruñidos artificiales. *“Entrega la vida, y respírala. Salva la tuya, en frente quienes la necesitan”*, se recita entre líneas. Callar. Dejar que los buenos intérpretes lleguen al fondo del asunto y que los demás hagan bulla. Los familiares lloran, las mascotas se arriman, el mundo se hace a un lugar en el anonimato de la intimidad. Es el sentido de culpa compartido, que procrea el hombre vivo cuando acepta la salida al aire de sus secretos mejor guardados, en la clandestinidad del cáncer. Y el enfermo la lleva. Guardar para sí: entumecer. De repente temer lo peor, temer a La Parca, pero ya no temerle a nada, a la nada fútil.

El ciclo de la lucha cesa, y da la sensación de que la lucha ha sido todo menos bélica, tampoco melodramática. En la lucha, que es espirituosa, no se han escuchado los desgarros, pero la muerte no aguarda demasiado en hacer sus cortes, irrestricta, frenando los diálogos de la vida y abriendo el libro de lo ignoto, del más allá. Ciclo que componen “Andrómeda” y “Scorpion Breath”, las únicas canciones con colaboradores vocales, con Kevin Sharp de Brutal Truth y Scott Kelly de Neurosis, respectivamente.

En “Andrómeda”, lo insidioso se presenta con fuerza y versatilidad. Sobre el desequilibrio rítmico y el brillo sobrevuela el trance pos dolor, pero allí estás como escucha: mareado, dejándote llevar por una canción sombrosa que, sin embargo, lleva el nombre de la constelación de estrellas más azulenta. La pieza es lo que en la vida ese breve, pero interminable tiempo muerto de la existencia: un algo irracional. Los usos de la poética son todo estética, así como la vida de quien, retratado, viaja en una contemplación sin lugar. A pesar de procurarse vívido en otros pasajes –en la voz del sultán, émulo visible del emperador de arena–, es ahora cuando La Parca parece hacer las veces de narrador, de un filósofo abstruso. Cuando acaba, has estado girando, viendo el titilar de la consolación en las estrellas. Un confluente *alone*, desprendido del inglés *solutions*... una soledad disuelta en el cuadrante de Pegaso. *“Delirios crónicos con soluciones cáusticas”*, cierra la letra.

En la óptica visual de la vida, se da comienzo al estado bizarro del padecer, en el que los ojos bailantes y los nervios irracionales del enfermo son la insuficiente evidencia de lo que pasa más allá, en el escenario de lo desconocido e irresuelto. La densidad en los bajos y el castigo de los gritos es música incidental para el aliento del escorpión, que aparece en la forma de arpegios y escalas. Dan movimiento al círculo estelar venenoso, de Escorpio, que permite imaginar que su víctima, Orión el cegatón, se mueve despavorido en tierra firme, sacudiéndose en la cama donde aparentemente no tiene paz, ante la persecución del agujijón. Y los discursos misteriosos y metafísicos que realiza el que pretende volar, después de saltar de un abismo, se hacen cuento con la canción. El aliento de La Parca circunda, y de seguro viene detrás, secundada de hálitos difusos, de seres idos. Si su presencia es tentativa, y saltar es la única escapatoria, todo se resuelve con fiereza y una caída sin noticia alguna de lo que pasó, al final de cuentas. Nada más verídico que un cuento.

Drogados y envilecidos en morfina, las estrellas han hecho de nosotros un amasijo. Ingrávidos, allí estamos. El misterio es evasivo, y el miedo muy real... el brillo oscila en el cristal del reloj. De la arena no hay noticia, de si baja, o de si sube sobre la cintura del cronómetro ancestral.

PAUSE Y PLAY FINAL

Parados en este punto, y faltándonos una última pista, recogemos la apuesta musical. En un disco que está rodeado por ella, no queremos que la muerte de nuestra experiencia llegue.

Damos *pause*.

“Es sonido fuerte y pesado, que cruje cuando se unen las fuerzas”, concluye Dailor. Con el relleno rítmico de los *toms* y una atmósfera de acordes y brillos intermedios, que hacen guardia gracias a la presencia de un bajo sencillo, conmovedor y atento, se ligan los fragmentos volátiles y los versos circundantes. Las guitarras se reparten las flamas, y entre un disparador de *riffs* que saben a lava, de Bill Kelliher, turnamos las veces con una signatura brillante de *solos* de una recóndita belleza, proveídos por Brent Hinds, que derriten la lava, pero mantienen su calor, en un círculo de fuegos. “Tienes mantequilla de maní y gelatina juntos. Es un clásico”, dice Sanders, refiriéndose al sonido lodoso del que se desprende el nombre del estilo que tocaron en sus comienzos, el *sludge metal*. “Pero nos hemos hecho a un lado. Ese sabor se combina con el púrpura, que es una fruta”, culmina. Una fruta madura.

Tres voces se turnan los tonos de escape, caída, melodía y asperidad; lo hacen aleatoriamente, parece ser una decisión anárquica. Parecen poseerse de temor a la hora de cantarles a La Parca. El que canta sólo va al patíbulo por un momento para después

volver a su instrumento, a su elemento. Música en un género vocal llevada a cabo por instrumentistas. “Secreteábamos: ‘Brann comenzó a cantar’, y yo le decía: ‘Dios. ¡Tienes que cantar en este disco! ¡Te suena espectacular!’ Pero él me decía: ‘No puedo cantar y tocar batería a la vez, Brent. ¡En esa parte no soy capaz!’, y yo sólo podía decirle: ‘¡Hazlo! Hay que intentarlo, ¿no? No lo haces hasta que lo intentas’, y entonces probábamos”, confiesa Hinds. “Juntos, nos enfrentamos y lo averiguamos; como esto de ser una banda vocalmente dirigida por tres personas que, cantando, en realidad no quieren cantar”, dijo Dailor. El camuflaje entre los instrumentos es su todo, y la complejidad no es un cliché; mejor, su método para un resultado esencialmente sencillo, en el formato de canción. Por supuesto, aparentemente sencillo.

Para apreciarlo, podemos aceptar varios aspectos. Primero, es un álbum hecho en la industria musical masiva. Lo es, con el poderío y también con la frivolidad de la música industrial. Su primer *videoclip* fue dedicado a su canción más pegajosa como unidad, “Show Yourself”, y las maneras en que Warner Bros. manejó la agenda de prensa dejan ver la necesidad de parecer refrescantes: humorísticos y ligeros, más que profundos. Estéticamente, es un álbum de *rock progresivo*. No es música erudita y está ejecutado en tonalidades mayores, y es un álbum que escucharán preferentemente los seguidores de la música estridente. Pero, si ha de convertirse en una estrella incandescente, podrá brillar en el cielo de este subgénero con las alas para servir de aliento a muchas personas más. Por el momento, la *performance* de “Sultan’s Curse” le ha valido para ganar su primer *Grammy*. Musicalmente lo puede, y sustraídos por el efecto revelado del cáncer, algunos considerarán a esta placa como una pastilla de conciencia dinámica. Incluso sin llegar a ser el mejor o el más nombrado álbum de la banda, en el criterio pasional de sus

fanáticos. Siendo, con toda la franqueza, un álbum literario, de una literatura expuesta.

“En este disco está todo nuestro sonido, desde el pasado. Invertimos mucho tiempo en la pre-producción y fuimos a grabar según lo presupuestado, y no hubo muchas cosas que agregarle. ‘Está hecho’, dijimos”, afirmó Kelliher. “Posiblemente oscuro, seguramente oscilante; sin dudas, extremadamente real. Un sentimiento duro, pero muy bueno para nosotros”, concluye Sanders. El que sea extremadamente real es el argumento más sólido para entender los giros, capítulos, metáforas y caminos de este disco.

Tomamos aire, y damos *play* por última vez.

Su cierre es un ciclo culminante, aunque no concluyente. Se llama “Jaguar God”, y es un homenaje no declarado a Tezcatlipoca, el dios jaguar azteca. Un dios que lo puede todo: dios en la alteración y la guerra, es el dios del sosiego y la identidad personal. El dios de un animal ocre pintado a pepas que místicamente representa el color negro, y que no es la ausencia de color. La pieza no se queda atrás. Ocho minutos de maestría. Un abrazo con la muerte, con la que nos lleva de este mundo o con la que nos abarca, estando vivos. Las tuercas desajustadas de una puerta anuncian la entrada de la pálida y flaca visitante, pero el hombre no se esconde entre las cojijas. La toma y la obliga a bailar de manos cogidas, en una tonada romántica marcada por panderetas. La muerte se cansa, y cambia el estilo galante por una pieza tribal y seudotropical animada por un acorde terrorífico. Es su baile.

La danza asciende, y ya sin piso, voces inhumanas describen el suceso, que estalla en un ataque frenético de escalas y golpes erizados por un cascabel y unos quejidos. La muerte cumple la promesa, y saca el hacha. El hombre incumple su destino y dibuja un

nuevo horizonte, prospera en el empeño de su terquedad vital. Nace un narrador externo, y en las cuerdas de un *solo* inenarrable, decide callar las voces y los protagonismos en aquel dueto. Algo inesperado ocurre, y en la iridiscencia del color musical, una carcajada triunfante deja que la estática se desvanezca sobre la onda sonora, y que todo termine. El viaje termina.

En la canción del Jaguar, para la alegoría de la mantícora no se sabe si bramó la bestia, o si cantó el hombre felino. Hay una fiera, y el final del camino.

Un final macabro, y dentro de lo macabro, hermoso. Ajustado a lo literariamente épico, empero, elude el aplauso enfermizo de la crudeza literaria. Podría decirse que no es un final, es un ciclo que sirve de cierre. No se sabe si el ser que nació cincuenta minutos antes logró sobrevivir a su condena en el desierto, pero se puede cavilar. Al intuir, lo primero que podemos afirmar es que La Parca no puede morir, pues es la propia muerte. Pero no se sabe. De cualquier súbdito surge un firmán, y sin cadenas, detrás del sultán aguarda un jalifa. De la interpretación se eleva la catarsis, y la imaginación. “Tratamos de hacerlo relatable y personal y no demasiado esotérico. No quisimos ser literales, pero todo está allí. Puedes leer entre líneas”, confesó Dailor. Y ellos son serios: lo que dicen, es rastreable.

Tomo entonces los coros de todos los ciclos, y al juntarlos, lo averiguo: reposa allí un poemario sencillo de lecciones a tomar. Puedes asir la historia, y llevártela a donde prefieras. Su núcleo no necesita un final.

LA RESILIENCIA

Al terminar la reproducción del disco, cunde el silencio. Cunde un silencio impactante, sugestionado por una vivencia sísmica. Es un final incapaz de caras

arrugadas, gritos de algarabía, críticas musicales y literarias. Es el final de una obra desgarradora que prospera al soltar un suspiro, uno que viene de los pulmones llenos, el corazón abrigado y los ojos húmedos que, al suspirar, tornan a secarse. Sentados, en el aquí y ahora, yacemos en la atemporalidad crítica de la existencia desde cero.

Las pupilas están dilatadas, los oídos absortos. La conmoción vívida a la que hemos sido arrojados deja entonces las huellas de una extraña belleza. Recordamos a los seres queridos sin selección de imágenes cautivantes, pero asumimos las arrugas, la lenta presencia semblante de la muerte en el rostro cancerígeno que se llevó al rostro saludable del ser querido. Agradecemos haber sido capaces de vivir un desgarramiento, uno propio, y otro en el arte. No quieres ni pensar qué profundidad puede alcanzar en quien enfermó de cáncer y sobrevivió, o en quien bajo su padecimiento se encuentra. Con un disco sin mentiras, fecundo en escenificación, el cáncer es abrazado por una gallardía sensible y, diluido en su forma de tumor, queda convertido en arena, de la que nos convertimos en su emperador por haber sido su propio reo.

El pérfido monstruo que deglute a la humanidad se reduce crítica y agudamente a un traje, que nos ponemos para superarlo con la valentía y el arte, para derivarlo en resiliencia. “Lo único que tratas es de transformarlo todo en algo hermoso. O lo intentas, por lo menos”, mencionó Dailor.

Emperor of Sand no sólo es el álbum de una agrupación de *rock* estridente sobre el cáncer, es un pedazo de vivencia contenida en el espíritu con que la belleza hace mirar al horizonte, para caminar sin inercia y con toda la voluntad.

REFERENCIAS

Appleford, Steve. (2016). “Inside Mastodon’s Dark, Emotional New LP”. *Rolling Stone* (December 9). Recuperado el 2 de febrero de 2018 de <https://www.rollingstone.com/music/music-features/inside-mastodons-dark-emotional-new-lp-1071111/>

Jurek, Thom. (2017). “Review: *Emperor of Sand*, by Mastodon”. *AllMusic* (March 31). Recuperado el 2 de febrero de 2018 de <https://www.allmusic.com/album/emperor-of-sand-mw0003017546>

Mastodon [mastodon]. (2017, December 1). *The Making of Emperor of Sand* [Full Documentary]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=lj4cbYAWUqg>

NOTA:

Los testimonios recogidos en el presente escrito han sido tomados de dos fuentes: el documental *The Making of Emperor of Sand*, aireado en capítulos desde enero y lanzado como unidad el 1º de diciembre de 2017, vía *YouTube*, y el artículo “Inside the Mastodon’s dark-emotional new LP”, redactado por Steve Appleford para la revista *Rolling Stone* (19 de diciembre de 2016). Las traducciones al castellano son del autor (T. de A.).